

# La paz que trajo la guerra. ¿Cómo fue posible la catástrofe de 1914?

Pedro Ruiz Torres

Las sociedades industriales modernas pueden disponer en poco tiempo de ejércitos inmensos en el campo de batalla, equipados con armas mortíferas que les darán una gran ventaja defensiva. Los avances tecnológicos, tales como las armas de mayor precisión y velocidad de tiro o los explosivos de más alta calidad, y la combinación de tierra, excavadoras y alambres de púas permitirán a los defensores establecer una fuerte línea de defensa y desplegar en ella una devastadora cortina de fuego contra sus atacantes. Las batallas producirán bajas masivas y será imposible llegar a una conclusión definitiva, obtener una victoria indiscutible, por lo que los conflictos se estancarán y acabarán por destruir a las sociedades implicadas. Con el campo de batalla transformado en una zona de muerte, las carencias darán lugar a desórdenes y finalmente a la revolución. De esa forma la guerra se convertirá en un completo desastre y destruirá todas las instituciones políticas existentes. En esos términos se expresaba Iván Bloch en su extensa obra publicada en 1898 en Rusia y dos años después traducida al inglés con el título *The Future of War in its Technical Economics and Political Relations: Its War Now Impossible?*, tal como recoge la historiadora Margaret MacMillan. Iván Bloch, de familia judía de la Polonia rusa, convertido más tarde al cristianismo, fue un banquero y empresario que hizo mucho por el desarrollo de los ferrocarriles en Rusia. Murió en 1902 convencido de que las guerras en el futuro se desarrollarían a gran escala y, en caso de producirse, serían una auténtica catástrofe para las sociedades de los Estados beligerantes.

MacMillan también pasa revista en su reciente libro a las numerosas iniciativas que desde finales del siglo XIX fueron dándose en sentido «pacifista» (un nuevo término acuñado precisamente en esos años), entre ellas el fenómeno llamado «angellismo», por el periodista y escritor Norman Angell, que en su obra *La gran ilusión* denunció la peligrosa idea de la necesidad de la guerra en determinadas ocasiones. Los movimientos por la paz, contra la carrera armamentística y el militarismo en general contaron con el apoyo de influyentes personajes públicos y de

un cierto sector de la sociedad procedente de la clase media, sobre todo en Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Por su parte, los socialistas de la Segunda Internacional movilizaron a los trabajadores en contra del rearme y de la guerra, tanto en Alemania como en otras partes de Europa. Uno de sus líderes más clarividente, Jean Jaurès, mostró en Francia su preocupación por el deterioro de la situación mundial y expuso cómo sería la futura guerra: «bombas y cañonazos, naciones enteras diezmadas, millones de soldados cubiertos de fango y sangre, millones de cadáveres». Bertha von Suttner, la autora de la novela *Die Waffen nieder!* (¡Abajo las armas!), publicada en 1889 en Alemania y traducida a numerosos idiomas, consiguió la ayuda económica de Alfred Nobel y otros mecenas para su campaña pacifista, fundó sociedades con dicho fin, abrumó a los poderosos con sus cartas y peticiones y ejerció una notable influencia sobre la opinión pública con sus escritos de denuncia del coste humano de la guerra y los peligros del militarismo.<sup>1</sup>

Si una parte de la sociedad era consciente de las terribles consecuencias del nuevo tipo de guerra en las sociedades industrializadas y se movilizó a favor de la paz, ¿cómo se explica que el progreso material y racional de la avanzada Europa trajera la catástrofe de 1914? Muchos confiaban en que no estallaría una guerra de grandes dimensiones. El siglo XIX, con sus adelantos espectaculares y su fe en la ciencia, la racionalidad y el progreso, parecía dejar atrás en Europa un fenómeno tan antiguo y persistente. La marcha del conocimiento a lo largo del siglo XIX había aportado más racionalidad a los asuntos humanos, tanto si se trataba de hacer frente a «la cuestión social» que resultaba del desarrollo del capitalismo y de la industrialización, como a la hora de resolver las viejas y las nuevas disputas entre los estados. Las crisis internacionales se sucedieron desde principios del siglo XX (Marruecos en 1905 y en 1911, la anexión en 1908 de Bosnia-Herzegovina por el imperio austrohúngaro, la primera y la segunda guerra balcánicas en 1912 y 1913), pero al final se habían resuelto con negociaciones. Sin embargo, la declaración de guerra del imperio austrohúngaro contra Serbia, el 28 de julio de 1914, inauguró una nueva época que hizo realidad la temida predicción de Iván Bloch y de Jean Jaurès. Las siguientes palabras, tomadas en préstamo de *El mundo de ayer*, describen bien lo sucedido en 1914. «El mundo de la seguridad», nos dice Stefan Zweig, parecía caracterizar la época de antes de la Primera Guerra Mundial, pero todas «las luces» del progreso material y espiritual que brillaban y eran el fundamento de un desbordante optimismo dejaron paso al «cataclismo que descendió sobre tierra europea», a un periodo de «sombras» que fue mucho más allá del final de la contienda y trajo otro conflicto bélico a escala mundial, «campos de concentración, torturas, saqueos indiscriminados y bombardeos de ciudades indefensas; bestialidades que las últimas cincuenta generaciones no habían conocido y que ojalá no conozcan las futuras».<sup>2</sup> «Las luces se apagan» es significativamente el título del último capítulo de *The War That Ended Peace: The Road to 1914*, de Margaret MacMillan, en mi opinión el libro publicado hasta el presente que mejor ayuda a entender el porqué de la catástrofe.

A diferencia de la Segunda Guerra Mundial, las controversias siempre han surgido en el caso de la *Gran Guerra*, como la denominaron los ingleses y suele hacerlo la historiografía. La pregunta *cómo fue posible o por qué se produjo* la Primera Guerra Mundial lleva a diferentes tipos de respuestas. En otro libro reciente, *Catastrophe. Europe goes to War 1914*, Max Hastings tiene razón al decirnos que sobre el estallido «existen muchas interpretaciones alternativas posibles y todas ellas son conjeturas», no en vano se trata de «la serie de acontecimientos más compleja de la historia, mucho más difícil de entender que la revolución rusa, el principio de la segunda guerra mundial o la crisis de los misiles de Cuba».<sup>3</sup> Pero una cosa es afirmar, como hace este historiador, que no hay ni nunca habrá una interpretación «definitiva» y cada autor ofrece su visión personal, y otra distinta valorar como inútiles los esfuerzos por establecer diferencias entre las diversas versiones, con el fin de llegar a entender mejor y con mayor fundamento *cómo fue posible la Gran Guerra*. En los años del conflicto y poco después primó la búsqueda de culpables, bien para justificar el inicio de la guerra o para legitimar o rechazar el castigo impuesto a los perdedores, y muchos historiadores hicieron malabarismos al pretender conjugar la objetividad histórica con el compromiso político que los llevaba a tomar partido por los intereses de sus respectivas naciones. La *Kriegsschuldfrage* o la «question des responsabilités» ocupó durante un tiempo el centro de la controversia, mientras la historiografía se preocupaba cada vez más por entender y explicar los hechos históricos y menos de echarle la culpa a unos o a otros. La modificación sustancial del contexto histórico y social europeo después de 1945, han escrito Antoine Prost y Jay Winter,<sup>4</sup> hizo posible que la noción de culpabilidad, sin desaparecer por completo, fuera diluyéndose: todos los Estados, todos los gobiernos, todos los pueblos habían tenido una parte de responsabilidad en una catástrofe que ellos no habían sabido ni prever ni impedir, una especie por tanto de «error colectivo». De esta suerte, cabe añadir, lo sucedido ayudaba (y sigue haciéndolo) a una conmemoración dispuesta a no entrar en cuestiones espinosas y, por el contrario, favorecía el consenso que debía poner fin a la «guerra civil europea» (también en el terreno de la memoria) y transitar por el deseado camino de la identidad compartida en la actual Unión Europea. Sin embargo, como ocurre también con otra guerra civil, la española, para entender lo ocurrido de poco o nada sirve quedarse en la idea de la responsabilidad colectiva, en el «todos tuvieron algo de culpa». Tal vez sea útil para evitar viejas disputas, sin sentido en el nuevo contexto, pero se elude el problema de fondo. El conocimiento histórico se sacrifica en aras de la utilidad en el presente de unas imágenes «benevolentes» del pasado que no molestan y circulan con el deseo expreso de no resucitar viejos conflictos, como si estos fueran a desaparecer por el mero hecho de no ser convenientes en nuestros días. ¿No sería mejor aprender más acerca, en este caso, de todo aquello que hizo posible la Gran Guerra, por mucho que nos incomode, si de lo que se trata es de aumentar nuestra conciencia y nuestra responsabilidad de cara a los peligros de nuestro mundo?

En realidad la «querrela de las responsabilidades» no desapareció nunca y sigue presente, como enseguida veremos. El papel principal de la misma lo desempeñaron al principio las decisiones tomadas por los líderes políticos y militares de los estados que entraron en guerra. Tras el final del conflicto, cuando esos estados mantuvieron una cierta continuidad con el pasado inmediato y no se fragmentaron (Austria-Hungría) o sucumbieron a la revolución (Rusia), los sucesores de los antiguos gobernantes y los numerosos historiadores que hicieron causa común con ellos se echaron mutuamente la culpa del inicio de la guerra. En una segunda etapa, a partir de los años sesenta, el diálogo interminable entre la libertad de los actores y la necesidad no se decantó como antes por las acciones de los primeros, sino por las fuerzas impersonales y ocultas. Entre estas últimas, a modo de «causas profundas», aparecían la rivalidad económica, la carrera armamentista, el imperialismo, el militarismo, el auge de cierto tipo de nacionalismo, la opinión pública etc. En forma de abstracciones, combinadas de un modo u otro pero la mayoría de las veces sin establecer un orden de importancia, las «causas profundas» ayudaban mucho a entender la Gran Guerra. Un enfoque así acertaba al poner de relieve que los procesos históricos, y en concreto el que condujo al drama de 1914, no se entendían de modo satisfactorio si los reducíamos a las decisiones tomadas por un reducido grupo de personas, todavía menos si como ocurría a principios del siglo XX en Europa «las masas» o «las muchedumbres» entraban en escena y la democracia se abría camino (no sin dificultades) en el terreno político. A cambio, el énfasis en las «fuerzas profundas» podía llevar a exagerar el papel desempeñado por estas y, en consecuencia, a una concepción determinista del proceso histórico si importaban poco las decisiones tomadas por los actores principales y las responsabilidades de cada uno.

Las insuficiencias del razonamiento de tipo causal determinista, supuestamente más científico en los años en que la renovación de la historia tomaba ese camino, fueron señaladas a principios de los setenta por Georg Henrik von Wright en su libro *Explanatian and Understanding*, pero su alternativa apenas fue tomada en cuenta por los historiadores, casi siempre ajenos a los debates epistemológicos. A diferencia del enfoque predominante en la filosofía analítica de la ciencia, Wright se decantaba por un patrón peculiar de motivaciones generadoras de acciones en contextos específicos y cambiantes, y lo puso en práctica para dar cuenta del inicio de la Primera Guerra Mundial a partir del acontecimiento de Sarajevo.<sup>5</sup> Su pretensión de ir, en historia, hacia otro tipo de explicación de carácter científico, en busca de regularidades como en el resto de las ciencias sociales pero sin el determinismo predictivo de las causas suficientes, por cuanto los historiadores tan solo encontraban causas necesarias en la acción intencional (y además con posterioridad a los hechos) dentro del amplio, variado y en gran medida desconocido universo de la conducta humana, no interesó en aquellos años a los historiadores y cayó en el olvido. En las últimas décadas, por el contrario, el abandono de la llamada «historia estructural», empeñada en la busca de

causas a largo o medio plazo de los procesos históricos, y el auge de la «historia narrativa», que se interesa en especial por los comportamientos y las experiencias de los individuos y por los acontecimientos a corto plazo, ha vuelto a poner la cuestión de las responsabilidades en el centro de la controversia sobre los inicios de la Gran Guerra. Sin embargo, como a principios de los setenta señalara Wright al final de su libro, la imputación de responsabilidad es una imputación de intencionalidad y de conciencia virtual de las consecuencias de los propios actos y para hacerlo es preciso tomar muy en cuenta el contexto. Los seres humanos son inseparables de las sociedades y de los medios culturales en que nacen, se educan, tienen experiencias y actúan de forma diferente en función de motivos diversos que corresponde al historiador desentrañar. Por tanto la responsabilidad histórica, conviene añadir, nunca es solo individual sino también colectiva y esa responsabilidad colectiva, o si se prefiere la explicación para hacernos entender mejor un hecho histórico en toda su complejidad, desborda el momento en que dicho acontecimiento se produce, algo que por desgracia no pone de relieve el ejemplo de Wright al tomar como punto de partida el atentado de Sarajevo. Del mismo modo ocurre en muchos de los libros recientes sobre la Primera Guerra Mundial, que inician el relato poco antes de 1914,<sup>6</sup> lo que resulta una notable carencia, porque en gran medida la respuesta a la pregunta *cómo fue posible la Gran Guerra* nos obliga a retroceder en el tiempo.

La responsabilidad del gobierno alemán como principal causante de la Primera Guerra Mundial gozó durante bastante décadas de un amplio consenso en la historiografía en compañía, es cierto, de la atribución a los demás de algo de culpa, si bien en mucha menor medida. En el periodo de entreguerras se abrió camino y más tarde se generalizó, después de 1945, la idea del tratamiento excesivo y contraproducente a que fue sometida Alemania en el *dictado* de Versalles, tal y como denunció en 1919 John M. Keynes, pero semejante opinión resultaba compatible con la consideración de que el *Kaiserreich* provocó el conflicto. El consenso se reforzó aún más con la publicación en 1961 del estudio de Fritz Fischer, *Griff nach der Weltmacht: die Kriegszieldpolitik des Kaiserlichen Deutschland, 1914-1918*. A pesar de la fuerte controversia que suscitó en la República Federal Alemana y del rechazo de algunas de sus tesis (la supuesta continuidad de la política alemana desde Bismarck hasta Hitler, el encadenamiento del pueblo alemán a un cierto destino en virtud de un carácter peculiar),<sup>7</sup> la documentación aportada parecía dejar definitivamente zanjado el asunto: el gobierno del Reich había resuelto comenzar una guerra en Europa antes de que el acelerado desarrollo de Rusia, con la consiguiente expansión y mejora de su armamento y su tendido ferroviario, trajeran un cambio sustancial en la correlación de fuerzas. Los nuevos estudios sobre la Gran Guerra, publicados en las últimas décadas del siglo XX, matizaron la tesis anterior y dibujaron un escenario más complejo, pero lo cierto es que las distintas «configuraciones historiográficas» de que nos hablan Antoine Prost y Jay Winter, con su acento puesto sucesivamente en los

aspectos militares y diplomáticos, en el contexto social o en «lo cultural y social», no modificaron por lo general dicho consenso. Había muchos y diversos motivos para atribuirle al Reich la responsabilidad principal en el estallido de la guerra. A corto plazo, las decisiones tomadas en 1914 por sus líderes políticos y militares tras el atentado de Sarajevo. A medio plazo, el empeño a partir de 1897 del káiser Guillermo II y de sus ministerios de Marina y de Asuntos Exteriores con vistas a disponer de una armada capaz de disputar el dominio marítimo a Gran Bretaña y dar sustento a la *Weltpolitik* alemana, lo que llevó al borde de la histeria la rivalidad anglo-germana y desencadenó en Europa la carrera naval armamentística. A medio plazo también, los planes y preparativos para la guerra, desde que en 1891 Alfred von Schlieffen fuera nombrado jefe del estado mayor por el káiser; unos planes apenas modificados cuando Helmuth von Moltke, el Joven, le sucedió en 1906. En ellos, de manera inflexible, solo se consideraba la guerra en dos frentes, el francés y el ruso, y tenía prioridad la acción ofensiva envolvente por el norte de Francia, que requería la ocupación de Bélgica y en consecuencia la violación de su neutralidad. Asimismo tuvo un papel importante, a medio plazo, una opinión pública cada vez más excitada por el fervor nacionalista y la idea de que Alemania debía ocupar un lugar de primer orden en Europa y en el reparto colonial del mundo. A largo plazo, el fuerte arraigo del militarismo y del autoritarismo en la sociedad y en el régimen político del Reich desde su fundación con el canciller Bismarck y como consecuencia de la unificación alemana en torno a Prusia. En conjunto estas eran las causas que permitían considerar a Alemania la principal responsable de la Gran Guerra.

Sin embargo, en los últimos años un cierto revisionismo ha comenzado a erosionar el consenso anterior y plantea de otro modo la cuestión de las responsabilidades. Christopher Clark, en *The Sleepwalkers. How Europe Went To War*, centra el asunto en las decisiones tomadas por un reducido grupo de líderes europeos. Los protagonistas de 1914, concluye en su libro, «eran como sonámbulos, vigilantes pero ciegos, angustiados por los sueños, pero inconscientes ante la realidad del horror que estaban a punto de traer al mundo.»<sup>8</sup> Tanto Clark como McMeekin<sup>9</sup> responsabilizan al káiser y a su gobierno de no controlar suficientemente la política de Austria-Hungría y obstinarse en una guerra ofensiva en dos frentes, pero consideran que Alemania no deseaba ni provocó la guerra. Para ellos una gran parte de la culpa la tuvo Rusia, por cuanto antes de conocer la respuesta serbia al ultimátum de Viena comenzó en secreto los preparativos para la guerra. McMeekin ha llegado a afirmar que la guerra de 1914 fue la guerra de Rusia más que la guerra de Alemania. Detrás de Rusia estaba Francia y, pese a que no es posible probar que el gobierno de la Tercera República presionara al zar para la movilización de su ejército, sigue sin estar claro el contenido de las conversaciones durante la visita del grupo francés encabezado por Raymond Poincaré a San Petersburgo, del 20 al 24 de julio, para entrevistarse con Nicolás II y varios de sus ministros. Algunos historiadores piensan que en esa «cumbre franco-rusa» Poin-

caré fortaleció la determinación belicista de Sazonov, ministro ruso de Asuntos Exteriores entre noviembre de 1910 y julio de 1916. Tanto Clark como McMeekin coinciden asimismo en reprocharle a sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, la indefinición de que hizo gala y su incapacidad a la hora de aclarar cuál iba a ser la postura británica si estallaba la guerra. De haber mostrado expresamente en el mes de julio el apoyo de Gran Bretaña a Francia y a Rusia tal vez Alemania habría contenido a Viena, mientras que una neutralidad declarada por el gobierno de Asquith quizás hubiera llevado a París a poner freno a los preparativos de guerra del gobierno del zar. En cuanto a Austria-Hungría, Christopher Clark sostiene que tenía motivos para entrometerse en Serbia y exigir una compensación por el asesinato del archiduque Francisco Fernando. Después de todo Serbia era un estado con unos gobernantes directamente implicados en las acciones terroristas y en la conspiración de la Mano Negra que llevó al asesinato del heredero de la corona austro-húngara y de su esposa. Detrás del atentado estaba el jefe de los servicios secretos serbios, el imponente y fanático personaje conocido con el sobrenombre de «Apis» (por el dios toro egipcio).

En los últimos años los historiadores han mostrado escaso interés en debatir acerca de si podemos o no hablar de causas a la hora de explicar el desastre de 1914 o sobre la mayor o menor importancia de los distintos tipos de causas (a largo, medio o corto plazo) y la diferencia a establecer entre causas, condiciones y antecedentes. No pocos de ellos, al responder a la pregunta *cómo fue posible la catástrofe*, se muestran escépticos a la hora de atribuir una causalidad (del tipo que sea) a lo sucedido con anterioridad a Sarajevo. Prefieren entenderlo en términos de condiciones que se fueron acumulando, sin que en ningún momento puedan concebirse como verdaderas causas de la guerra. La razón estaría en que antes del 28 de junio de 1914 todo aquello que podamos relacionar con la guerra, desde las rivalidades económicas o la carrera armamentista hasta el predominio del nacionalismo y la influencia de una opinión pública beligerante, estuvo lejos de traerla de un modo inevitable, tal y como supuestamente pretendería hacer creer la copiosa literatura sobre las causas de la Primera Guerra Mundial.<sup>10</sup> De ahí la tendencia a reducir el problema a lo sucedido entre el 28 de junio y el 28 de julio (declaración de guerra de Austria-Hungría a Serbia), el 3 de agosto (otro tanto de Alemania a Francia) o a lo sumo el 4 de agosto (Alemania invade Bélgica y Gran Bretaña declara la guerra a Alemania). Si lo verdaderamente importante fueron las decisiones tomadas por el reducido grupo de personas al frente de los respectivos estados y esos hombres encima corrían como sonámbulos hacia una guerra que no pensaban que fuera a convertirse en lo que solo después llegó a conocerse como la Primera Guerra Mundial, entonces en la explicación de la Gran Guerra la fatalidad deja paso a la negligencia. La Gran Guerra pierde así el tradicional aire de tragedia clásica y deja de ser una consecuencia del destino inevitable prefigurado por fuerzas ocultas, para convertirse en un asunto humano, demasiado humano, y además poco profundo: la cadena de decisiones tomadas

por unos cuantos líderes europeos poco conscientes de la enorme tragedia que se avecinaba. Con su actitud irresponsable convirtieron una guerra improbable en otra sobrenvenida. Dicho a la manera de Christopher Clark, la catástrofe de 1914 fue un caso espectacular de negligencia compartida.

¿Fue así? La idea de unos cuantos líderes con poca conciencia del enorme desastre que acabaría siendo la guerra atribuye la causa principal, y en consecuencia la responsabilidad del conflicto, a la negligencia compartida por esos líderes políticos, pero tal afirmación se compadece mal con lo que sabemos y no deja de ser una simplificación excesiva a la hora de entender un hecho histórico tan complejo. La abundante información sobre el futuro de los conflictos bélicos en las sociedades industrializadas estaba a disposición de los gobiernos desde hacía tiempo y las campañas de sensibilización llevadas a cabo por los pacifistas, con vistas a influir sobre los gobernantes y la opinión pública, llegaron a un sector amplio de la sociedad. ¿Cómo es posible que los oficiales del estado mayor de Alemania, del imperio austrohúngaro o de Francia, una élite militar seleccionada por su inteligencia y preparación, o los jefes de gobierno, ministros, secretarios y técnicos al servicio de cada una de las potencias que entraron en conflicto, no fueran conscientes de la catástrofe que traería la guerra si estallaba en Europa? ¿Acaso individuos como Iván Bloch o Jean Jaurès, que llegaron incluso a hablar de la futura guerra con sumo detalle y acierto predictivo, eran seres excepcionales? Menos credibilidad todavía tiene el intento de algunos autores de dejar fuera del peligroso juego a los monarcas europeos. Supuestamente según la investigación más reciente, Guillermo II y Nicolás II habrían tenido un papel amortiguador, hasta el punto de que Moltke le arrancó al primero la orden de movilización, después de que el káiser la anulara hasta dos veces, y Sazonov se enfrentó a Nicolás II, que se resistía a ser el responsable de la masacre, mientras el anciano Francisco José firmaba lo que Berthold le ponía delante.<sup>11</sup> No es esa la forma de narrar lo sucedido, entre el 28 de junio y el 28 de julio, si nos atenemos a la mayoría de las obras a que hemos hecho referencia.

El atentado de Sarajevo fue obra de un grupo formado por fanáticos nacionalistas eslavos (llamado la Joven Bosnia) y contó con el apoyo de un sector del gobierno serbio, encabezado por el jefe de los servicios secretos, apodado «Apis», pero el primer ministro y otros miembros de su gabinete deseaban evitar la guerra con Austria-Hungría y lo intentaron incluso después del duro e inaceptable ultimátum austrohúngaro. Seguramente el primer ministro serbio acabó enterándose del plan para asesinar al archiduque, pero es imposible saber si no pudo o no quiso hacer nada, en cualquier caso fue demasiado tarde, porque los conspiradores habían llegado a Sarajevo ayudados por el grupo serbio más extremista. La incompetencia y la arrogancia de los austrohúngaros facilitaron la misión de los terroristas. Un error del conductor del coche del archiduque, que se equivocó de dirección en una calle cuando, tras el primer atentado fallido, Francisco Fernando y su esposa salieron del Ayuntamiento a visitar a los heridos,

puso a ambos a tiro de manera imprevista. El joven Gavrilo Princip se encontraba en dicho lugar y los asesinó. El emperador Francisco José, de ochenta y seis años, recibió de inmediato la noticia y se quedó solo frente a los halcones de su gobierno y del alto mando militar. No sentía ninguna simpatía por su sobrino, que había deshonrado a los Habsburgo con su matrimonio morganático, pero ahora él no estaba para aconsejarle prudencia como había hecho en otras ocasiones. Los partidarios en el imperio austrohúngaro de la línea dura, con el respaldo de una influyente prensa de corte nacionalista, pensaban que había llegado el momento de poner las cosas en su sitio y darle un escarmiento a Serbia para resolver de una vez el problema de los eslavos del sur. El jefe del estado mayor del imperio austrohúngaro, perfectamente consciente del apoyo que Rusia podía prestar a Serbia en caso de conflicto, consideró la guerra inevitable y lo que es peor deseable, y contó para ello con el apoyo de sus oficiales y del ministro de Guerra. En el Ministerio de Asuntos Exteriores la opinión más extendida era que debía darse una dura respuesta al asesinato, a menos que el imperio austrohúngaro buscara parecerse al decadente imperio otomano. Si ello provocaba la guerra con Rusia, mejor tener ahora el enfrentamiento que cuando la potencia vecina se hiciera más fuerte, dentro de pocos años como era previsible. El embajador alemán en Viena se sumó a los beligerantes y dio por supuesto que sus superiores de Berlín le respaldarían. El 1 de julio, por más que Francisco José mostrara su consternación, el monarca estuvo de acuerdo en que el imperio austrohúngaro necesitaba reafirmarse como gran potencia, arrastrado a ello según dijo «por las políticas expansionistas de Italia y los estados bálticos». La única oposición en ese momento vino del primer ministro húngaro Tisza, partidario inicialmente de un acuerdo con Serbia, si bien más tarde cambió de opinión. El 5 de julio Guillermo II prometió a Francisco José el pleno respaldo de Alemania. El canciller alemán Bethmann dio su aprobación a la promesa y el ministro de la Guerra afirmó que estaba listo para el combate. Así, una semana después del asesinato, Alemania concedió un «cheque en blanco» a su aliado y Europa dio un paso de gigante hacia un conflicto generalizado. El gobierno alemán puede que no buscara el conflicto, pero lo cierto es que aquellos que tenían el poder de tomar decisiones trascendentales, en primer lugar el káiser y luego su canciller, consideraron que dada la inevitabilidad de la guerra (una opinión muy generalizada entre la elite dominante tanto en Alemania como en Austria-Hungría), el momento resultaba ahora más favorable y no dentro de pocos años, cuando Rusia se fortaleciera. Como señala Margaret McMillan, el káiser Guillermo II y el canciller Bethmann se dejaron convencer de que la guerra era la mejor opción para Alemania o no tuvieron el valor de oponerse o se cansaron de las tensiones y las crisis y sintieron la atracción del salto al vacío para solucionar de una vez los problemas. En cualquier caso, el gobierno alemán y el jefe de su estado mayor, Moltke el Joven, asumieron una responsabilidad grande en el inicio del proceso

que en apenas cinco semanas llevó del atentado de Sarajevo al comienzo de la Gran Guerra. ¿Cómo se explica?

Aquello que ocurrió en julio de 1914 pudo tener mucho o poco de negligencia y de inconsciencia por parte de un pequeño y poderoso grupo de líderes políticos y militares, pero las acciones desencadenadas tenían motivos y estos nos llevan a las valoraciones hechas en un determinado contexto por cada uno de los actores, con ciertas premisas y a partir de experiencias anteriores y de expectativas de futuro. ¿Remontarse más atrás en el tiempo presupone una explicación de carácter determinista? En los años de pleno auge de la historia social muchos autores pusieron los factores a medio y largo plazo en compañía de las decisiones tomadas por los gobernantes en el mes que precipitó la catástrofe. Así puede verse en síntesis tan conocidas como *La Gran Guerra (1914-1918)* de Marc Ferro, *La época del imperialismo. Europa 1885-1918* de Wolfgang J. Mommsen o *La era del imperio* de Eric Hobsbawm, por no hablar de la abundante bibliografía especializada que apareció en los años sesenta, setenta y ochenta. En consecuencia, solo una lectura sesgada o el desconocimiento de esas obras pueden hacer pensar que para los «historiadores sociales» la guerra era inevitable. Ahora bien, una cosa es considerar que la guerra pudo haberse evitado, aun cuando las condiciones para un conflicto de dimensiones desconocidas se acumulaban, y otra muy distinta que ese conflicto fuera improbable y consideremos la negligencia y la inconsciencia de un grupo de políticos el factor decisivo que modificó la situación y condujo a la catástrofe. «Las acciones de Alemania, al igual que las de sus amigos y enemigos en este último periodo de paz, deben entenderse en el contexto de las décadas previas y de los presupuestos en que se apoyaba el pensamiento de sus líderes».<sup>12</sup> Esta acertada frase de Margaret McMillan supone que hemos de ir de las acciones intencionadas de los actores, en un momento dado, al contexto social y cultural de las décadas anteriores. Tanto la crisis de julio (creada por el nacionalismo serbio más extremista, por la convicción del gobierno austríaco de que debía dar una rápida y contundente respuesta a menos de ser menospreciado y por el apoyo sin condiciones de Alemania), como las decisiones tomadas por los gobiernos de Francia, Rusia y Gran Bretaña, remiten una y otra vez a sus respectivos contextos particulares y a otro más amplio y generalizado, el de una Europa occidental que desde el siglo XIX hacía gala de una confianza excesiva en sí misma y en la que unas pocas potencias se disputaban el dominio del mundo. Para entender las motivaciones de las acciones de sus respectivos líderes y valorar la responsabilidad contraída por cada una de esas potencias necesitamos referirnos al contexto; un contexto social y cultural que no surgió de la noche a la mañana, sino que había sido creado en las décadas precedentes por la mano del hombre y de la misma manera podía modificarse. La Gran Guerra hunde así sus raíces en el periodo anterior a 1914, pero eso no significa que fuera inevitable.

El contexto social y cultural que ayuda a entender el porqué de las acciones de los líderes políticos y militares en julio de 1914 resulta complejo y ambivalen-

te. En la Europa de finales del siglo XIX y principios del XX no solo sobresalían «las luces» del progreso material e intelectual, el «mundo de la seguridad» y el largo periodo de paz tras la guerra franco-prusiana. Por un lado la expansión y el desarrollo de la economía capitalista de mercado, de la industrialización y de una tecnología que revolucionó las comunicaciones y los modos de vida, con el crecimiento de la población urbana y la transformación de las ciudades, trajo una primera globalización. La mayoría de los historiadores está de acuerdo hoy en día en que los negocios capitalistas por lo general ganaban más con la paz que con la guerra, motivo por el cual no existe una relación directa entre la Gran Guerra y el desarrollo capitalista (supuestamente en su etapa final, como entre otros pensaba equivocadamente Lenin). Sin embargo, también parece cierto que, por otro lado, ese desarrollo y esa globalización acentuaron las rivalidades económicas y las oportunidades de negocio derivadas de los conflictos militares. Los estados tomaron cartas en el asunto con medidas proteccionistas y de respaldo de los intereses económicos «nacionales» amenazados (supuesta o realmente) dentro o fuera de las fronteras y dedicaron gran parte de los ingresos públicos a la modernización y al rearme de sus ejércitos. Ello ocurrió tanto en Gran Bretaña, Alemania y las demás grandes potencias, como en los pequeños y recién surgidos estados de los Balcanes con Serbia a la cabeza. La época anterior a la Primera Guerra Mundial fue sobre todo en Europa un periodo de espectaculares avances científicos en muy diversos campos, de una notable influencia ejercida por los «intelectuales» (un término también de aquellos años) sobre la opinión pública y la política, y de importantes reformas en los distintos niveles educativos y para hacer frente a la cuestión social. No obstante, seguían muy arraigados los viejos prejuicios que alimentaban estereotipos enormemente negativos cuando se trataba de otras culturas, sobre todo si eran vecinas, y proliferaban las imágenes orgullosas y autocomplacientes de la cultura propia. Asimismo la modernización y la primera globalización trajeron un temor intenso y extendido a la pérdida de los valores que se consideraban esenciales, como el respeto a la autoridad, a la jerarquía y al lugar de cada uno en ese orden «por naturaleza» desigual, la fe en Dios, el honor y la virilidad en los hombres y el papel tradicional de la mujer en la familia. «Con una mirada retrospectiva a los años anteriores a 1914», escribe Margaret McMillan, «asistimos al nacimiento de nuestro mundo moderno; pero hay que detectar también la persistencia y la fuerza de las viejas formas de pensar y de ser»: por un lado, entre «los millones de europeos que aún vivían en las mismas comunidades rurales que sus antepasados» (así se entiende que muchos estuvieran dispuestos a ir a la guerra en 1914); por otro, en el reducido grupo de personas que tomaron las decisiones. La mayoría de estos últimos «procedían de las clases altas, fuese de la aristocracia agraria o de la plutocracia urbana», e incluso quienes venían de la clase media «eran proclives a asimilar sus valores y compartir sus criterios». Por esa razón, nos dice Margaret McMillan, «la clase que conformaban esas élites dominantes, civiles o militares, así como sus esperanzas

y temores, es una de las claves de comprensión. Otra es la crianza y su educación. Y una tercera, el mundo más amplio que les rodeaba». <sup>13</sup>

En la configuración de ese contexto complejo y ambivalente desempeñaron un papel crucial dos fenómenos que en el siglo XIX alcanzaron un gran relieve: el desarrollo del nacionalismo de estado, contrario a que en el interior de sus fronteras tuvieran cabida otras identidades concebidas también como nacionales; y la expansión colonial que dio origen a un nuevo tipo de imperialismo en consonancia con los intereses y las expectativas de la nueva era industrial, un imperialismo por tanto muy diferente del imperialismo «mercantilista» de la primera oleada (anterior a 1815) de la expansión europea. El nacionalismo de estado y el nuevo imperialismo colonialista, unidos ambos y en compañía de los viejos prejuicios racistas, a los que el darwinismo social pretendía conferir un aire moderno y «científico», y de la creencia en la desigualdad y en la jerarquía «natural», produjeron una combinación cada vez más peligrosa en una Europa convencida y orgullosa de que había llevado la civilización a los más remotos lugares de la tierra. Semejante modo de concebir el mundo remitía a valores muy extendidos entre las elites dirigentes, pero también en un amplio sector de la sociedad. En ello tuvo una responsabilidad muy grande la educación recibida por un número creciente de niños y jóvenes en las escuelas y en los institutos <sup>14</sup> y la influencia sobre los adultos de una opinión pública demasiado proclive a los estereotipos maniqueos y a la intransigencia, que cierta prensa de masas se encargó de fomentar. Los agravios nacionales del pasado reciente (la derrota en 1870 de Francia en la guerra con Prusia, seguida de la anexión de Alsacia y Lorena y las costosas reparaciones impuestas por los alemanes) y las aspiraciones coloniales de cara al futuro (el lugar que los sucesores de Bismarck aspiraban a ocupar en el reparto del mundo, a diferencia de la política de contención seguida con anterioridad por el canciller tras la unificación alemana) mantuvieron las expectativas de guerra durante el largo periodo de paz en el continente europeo.

Para entender lo ocurrido en julio de 1914 hemos de partir de las acciones individuales y colectivas que se sucedieron y se intensificaron sobre todo desde finales del siglo XIX en favor del rearme y los preparativos de la guerra, con las alianzas que dieron origen a los dos grandes bloques rivales: la triple entente (una vez que Gran Bretaña, temerosa del poder naval de Alemania, abandonó su «espléndido aislamiento» y se sumó a la alianza franco-rusa) y la triple alianza (con Alemania, Austria-Hungría y la dudosa Italia, que finalmente no entró en guerra en 1914, para hacerlo más tarde al lado de la entente). Las frustraciones acumuladas en cada una de las sucesivas crisis de principios del siglo XX (dos veces por Marruecos y tres por los Balcanes) y el fatalismo y el pesimismo que se instaló en las conciencia de los que pensaban que la guerra resultaba no sólo inevitable sino conveniente, con el fin de acabar con la apatía e impedir la decadencia de los valores que habían llevado supuestamente a los europeos al dominio del mundo, todo ello echó más leña al fuego. Los hombres al frente del ejército

en Austria-Hungría y en Alemania estaban convencidos de la inminencia de la guerra y dispuestos a tomar la iniciativa a la menor ocasión que se les presentara. Los líderes políticos, los emperadores y una gran parte de la opinión pública se dejaron llevar por los consejos de la cúpula militar y estuvieron además plenamente de acuerdo, porque todos concebían la situación de una manera muy parecida. Gran Bretaña y Francia habían llegado antes al nuevo imperialismo colonialista y sacaban provecho de su ventaja, en consecuencia a poco más podían aspirar, pero habían trazado el camino que ahora los líderes de la nueva potencia alemana creían tener asimismo derecho a recorrer, aun a costa de un conflicto generalizado. El káiser, su gobierno, diversos grupos de presión y una gran parte de la prensa justificaban la actitud del gobierno alemán por el egoísmo de las otras dos grandes potencias coloniales y por el cerco al que sometían a Alemania tras la alianza con el temido oso ruso de Oriente, que para colmo se encontraba ahora en plena recuperación económica y militar, una vez superada la crisis de 1905. El imperio austrohúngaro trataba a sus súbditos eslavos de un modo que a estos últimos les parecía no muy distinto a como si fueran habitantes de una colonia y temía seguir los pasos en el sur de Europa del imperio otomano, por lo que sus gobernantes consideraron una guerra la mejor opción para escarmentar a la amenazadora Serbia. Por supuesto, nada estaba escrito de antemano, pero no tanto debido al conjunto único de circunstancias que dieron lugar al atentado de Sarajevo, entre ellas la casualidad del encuentro del terrorista con el vehículo del archiduque y su esposa. Cualquier otro incidente grave podía haber servido para desencadenar acciones parecidas a las de julio de 1914 y llevar a un conflicto como el de entonces. En circunstancias de índole similar, aquello que sin embargo resultaba capaz de hacer variar el curso de los acontecimientos era una valoración distinta del contexto, a partir de premisas diferentes y con expectativas de futuro más ajustadas a lo que luego por desgracia iba a llegar. El atentado de Sarajevo no fue la chispa que incendió el polvorín, en todo caso la excusa para la declaración de una guerra que muchos consideraban inevitable e imaginaban equivocadamente que iba a ser corta y en poco tiempo traería la victoria. De haber pensado otra cosa y actuado de distinta manera, el curso de los acontecimientos habría sido muy diferente.

En cuanto a la responsabilidad de los «intelectuales», hay mucho escrito a propósito de la Primera Guerra Mundial, desde que Stefan Zweig resaltara «la superioridad moral» excepcional de Romain Rolland y cómo su actitud contrastó con la de muchos otros escritores arrastrados por el fervor patriótico y el compromiso con la causa de sus respectivos estados nacionales. En esta misma entrega de *Pasajes* el lector encontrará varios manifiestos, traducidos al castellano, que salieron a la luz pública en los primeros meses de la guerra, y el intercambio de opiniones que suscitó uno de ellos en el *Journal des Économistes*. En dicha publicación editada en Francia y de gran prestigio académico internacional, varios números de 1914 dieron cabida a una controversia que comenzó en el tomo

XLIII (año 73) con la carta de Yves Guyot y Daniel Bellet (15 de octubre de 1914) dirigida a Lujo Brentano, uno de los firmantes del manifiesto *An die Kulturwelt!* que en Francia recibió el nombre de *Le Manifeste des «Kulturkrieger»*. La respuesta de Lujo Brentano (Munich, 24 de octubre), la réplica de Guyot y Bellet (8 de diciembre de 1914) y una carta de Georges Blondel al famoso *Sozialpolitiker* alemán, aparecieron poco después. Más tarde, a modo de epílogo, la citada revista dio a conocer otra larga carta de Lujo Brentano a Yves Guyot y Daniel Bellet (30 de diciembre) y las «últimas palabras» de estos dos.<sup>15</sup> La controversia de que se hizo eco el *Journal des Économistes* pone de relieve cómo los representantes de dos prestigiosas escuelas de economía científica, los partidarios de las ideas liberales y librecambistas en Francia y los *Sozialpolitiker* alemanes, hicieron causa común con los gobernantes de sus respectivos estados. Unos y otros se dejaron llevar por convicciones políticas a prueba de dudas y por una falta de sentido crítico poco acorde con la objetividad que supuestamente guiaba su trabajo en las ciencias económicas y sociales. Pero hay otra cosa peor. Estos escritos, así como también el manifiesto de los noventa y tres «representantes de la ciencia y del arte alemanes», que incluía la firma de dos destacados reformadores sociales (Gustav Schmoller y Lujo Brentano) y de un historiador de la talla de Karl Lamprecht, muestran lo muy extendidos que estaban entre los intelectuales los estereotipos de un nacionalismo lleno de prejuicios negativos acerca de las otras culturas y de autocomplacencia en el caso de la propia. El manifiesto *An die Kulturwelt! Ein Anruf* negaba por completo cualquier responsabilidad del gobierno alemán en el inicio de la guerra, justificaba las acciones destructivas de sus soldados y afirmaba que «sin nuestro militarismo nuestra civilización habría sido borrada desde hacía tiempo». Para estos profesores y artistas, los soldados alemanes eran los guardianes de la cultura europea, mientras que Gran Bretaña y Francia, aliados de los rusos y de los serbios, no temían excitar a los mongoles y a los negros contra la raza blanca y de esa manera ofrecían al mundo civilizado el espectáculo más odioso que pudiera imaginarse. Por su parte, la carta firmada por Yves Guyot, redactor jefe del *Journal des Économistes*, y Daniel Bellet, profesor de la Escuela de Ciencias Políticas y de la Escuela de Altos Estudios Comerciales en París, dirigida a Lujo Brentano, profesor de economía política en la Universidad de Munich, además de atribuirle al gobierno alemán toda la responsabilidad por la guerra, retrotraía el militarismo consustancial a la *Kultur* alemana (contrapuesta a la *civilisation* de los franceses) a un estadio anterior al de los vándalos. Los alemanes habían hecho en Lovaina lo mismo que los incendiarios de la Biblioteca de Alejandría, a diferencia de los vándalos que, cuando conquistaron Hipona, respetaron el centro por excelencia del saber. De paso Guyot y Bellet aprovechaban para hacer explícito su rechazo a las «formas de pangermanismo» que se habían introducido en las ciencias y en las políticas sociales, con el correspondiente menosprecio del sacrosanto derecho de propiedad privada y de la libertad individual sin restricciones. En definitiva, todo un lamentable espectáculo el de los intelectuales en

los inicios, durante y después de la Gran Guerra, que más tarde servirá a Julien Benda para hablar de *La Trahison des clercs* (1927) y denunciar el servilismo de ese nuevo clérigo conocido ahora con el nombre de «intelectual».

El conocimiento histórico nos enseña mucho y esa es su principal utilidad. En primer lugar, enseña a pensar de manera compleja los hechos humanos, sin explicaciones deterministas ni concepciones maniqueas, en términos de buenos y malos, pero también sin eludir las responsabilidades individuales y colectivas en distintos grados. El conocimiento histórico también nos enseña que el contexto histórico puede ser modificado por los seres humanos. Nada está escrito con anterioridad y las acciones tienen un carácter muy diverso, según se evalúe de una forma u otra el contexto, y en consecuencia dan lugar a resultados muy diferentes. El ejemplo de la crisis de los misiles en Cuba, en plena guerra fría, también lo pone de relieve. Los responsables de los gobiernos norteamericano y soviético fueron capaces entonces de resistir las presiones militares y mantuvieron un criterio que impidió la catástrofe, a diferencia de lo que ocurrió en 1914. La responsabilidad mayor en los hechos históricos la tienen desde luego los que detentan el máximo poder del estado, pero en otra medida es una responsabilidad compartida por todos los ciudadanos. De ahí la necesidad de ser conscientes de lo que está ocurriendo y actuar en consecuencia, por cuanto el peligro aumenta si las decisiones se dejan en manos de un reducido grupo de personas. Las movilizaciones en contra de la guerra de Vietnam o de la guerra de Irak fueron lo opuesto a la indiferencia o al entusiasmo con que en muchos lugares se vivió el comienzo de la Primera Guerra Mundial. El conocimiento histórico también permite comprobar cuánta responsabilidad tiene, y de qué manera se convierte en causa decisiva, el predominio de una cultura que concibe al otro como enemigo, considera de manera inevitable o fatalista el enfrentamiento violento o la guerra y se prepara con normalidad para ello, en vez de buscar soluciones a los conflictos. Por último, 1914 nos habla del riesgo que se asume en el inicio de las hostilidades. Aun cuando se pretenda tan solo una guerra de efectos limitados, la catástrofe puede desencadenarse en cualquier momento.

## NOTAS

- 1 Margaret MacMillan, *The War That Ended Peace: The Road to 1914*, Nueva York, Random House, 2013, en castellano, *1914. De la paz a la guerra*, Madrid, Turner, 2013, *vid.* capítulo X, «Sueños de paz», pp. 357-391.
- 2 Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2001, cito por la decimoquinta reimpresión, 2011, p.13. El libro fue escrito en los últimos años del exilio (1939-1941). En 1942 se suicidó su autor.
- 3 Max Hastings, *Catastrophe. Europe goes to War 1914* (2013), la cita en la edición en castellano, *1914. El año de la catástrofe*, Barcelona, Crítica, 2013, pp. 18 y 21.
- 4 Antoine Prost, Jay Winter, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, Paris, Éditions du Seuil, 2004, p.78.

- 5 Georg Henrik von Wright, *Explicación y comprensión*, cap. 4: «La explicación en historia y en ciencias sociales», Madrid, Alianza Editorial, 1979, pp. 157-193.
- 6 Véase, por ejemplo, Michael Howard, *The First World War* (2002), publicada en castellano en Barcelona, Crítica, 2003; Michael S. Neiberg, *Fighting the Great War* (2005), en castellano *La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918)*, Barcelona, Paidós, 2006; Norman Stone, *World War One* (2007), en castellano *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Editorial Ariel, 2008. El contraste en ese sentido con el libro de Marc Ferro, *La Grande Guerre 1914-1918*, Paris, Gallimard, 1969 (hay también traducción al castellano, Madrid, Alianza Editorial, 1970 y sucesivas ediciones), es muy grande. Ferro, que se consideraba discípulo de Pierre Renouvin y de Fernand Braudel, después de formular la pregunta «¿por qué tuvo lugar la guerra?», dedica una quinta parte de su síntesis a una serie de factores sociales, ideológico-políticos y de mentalidad que van más atrás de 1914.
- 7 Una crítica que Jacques Droz expuso con acierto en las conclusiones de su libro *Les causes de la Première Guerre mondiale. Essai d'historiographie*, Paris, Éditions du Seuil, 1973, pp. 165-181.
- 8 El libro de Clark, publicado en inglés en Nueva York, Harper Collins, 2013 ha sido destacado por el *New York Times* como uno de los tres libros más importantes del año en el apartado de no ficción, por proporcionar una nueva visión de los acontecimientos que condujeron a la Primera Guerra Mundial. Cito por la edición en castellano, *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 645.
- 9 Sean MacMeekin, *July 1914: Countdown to War*, Nueva York, Basic Books, 2013.
- 10 Esta es la opinión de Juan Claudio de Ramón, expuesta en el inicio de su artículo «Los nombres de julio. Sobre las causas de la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, 232 (enero-febrero 2014), pp. 88-99. En este artículo su autor toma partido por las interpretaciones de Clark y de McMeekin frente a la visión «tradicional». Sin embargo, en mi opinión, sus comentarios no hacen justicia al libro de Clark, mucho más ponderado en sus juicios a la hora de decirnos cómo se llegó a la guerra.
- 11 *Ibid.* p. 97. No deja de ser significativo que el presidente de la República francesa, Raymond Poincaré, lejos de desempeñar ese papel mediador, a lo que parece un atributo de la realeza (emparentada en la mayor parte de Europa), aparezca por el contrario en esta historiografía revisionista como un belicista sospechoso de alentar a Rusia a provocar la guerra.
- 12 Margaret McMillan, *op.cit.*, p. 661.
- 13 *Ibid.*, p. 314.
- 14 En su libro *La guerra actual y la opinión pública*, Barcelona, Casa Editorial y Librería Araluce, 1915, pp. 140-145, Rafael Altamira denunciaba los contenidos de «la historia nacional y extranjera tal como se da en la mayoría de los países europeos y en todos los grados docentes, especialmente en el primario y en el secundario». Dichos contenidos pecaban de «patriotismo egoísta», desfiguraban la historia de los pueblos extraños y disminuían su aportación a la civilización, mientras enaltecían la propia. Se hacía preciso evitar el fomento «de la enemistad entre las naciones» para restablecer «la unidad moral de Europa».
- 15 Los anteriores textos y un anexo con la traducción al francés del manifiesto *An die Kulturwelt!* de los noventa y tres destacados «representantes de la ciencia y del arte alemanes», que lleva fecha de 4 de octubre, junto a otros escritos publicados ese mismo año 1914, fueron recogidos y editados en un folleto aparte por el *Journal des Économistes*, que se encuentra en la biblioteca del *Musée social* en París. Mi agradecimiento a su director, Michel Prat, y al personal de la biblioteca por la ayuda recibida.